

ÍBEROS EN TORTOSA. NUEVOS DATOS SOBRE LA PROTOHISTORIA DEL BAJO EBRO

La existencia de un establecimiento de época ibérica en la ciudad de Tortosa ha sido desde antiguo un elemento de debate para los diferentes investigadores que han analizado la evolución histórica del municipio. Las fuentes clásicas, la numismática e incluso algunos esporádicos hallazgos arqueológicos apuntaban en esta dirección, que parecía la correcta si se tenían en cuenta los estudios sobre la organización del territorio durante la Protohistoria en esta región. Sin embargo, no ha sido hasta hoy día cuando a través de los últimos trabajos de investigación y de las intervenciones arqueológicas desarrolladas en la ciudad, que no se ha corroborado la presencia de este núcleo ibérico como precursor de la ciudad romana. Presentamos pues, en este artículo, los últimos datos sobre la investigación protohistórica en el núcleo urbano de Tortosa.

Palabras clave: Protohistoria, Iberos, Tortosa, bajo Ebro.

L'existència d'un establiment d'època ibèrica a la ciutat de Tortosa ha estat des d'antic un element de debat per als diferents investigadors que han estudiat l'evolució històrica del municipi. Les fonts clàssiques, la numismàtica i fins i tot algunes esporàdiques troballes arqueològiques apuntaven en aquesta direcció, que semblava la correcta si es tenien en compte els estudis sobre l'organització del territori durant la Protohistòria en aquesta regió. Tanmateix, no ha estat fins avui dia quan a través dels darrers treballs de recerca i de les més actuals intervencions arqueològiques desenvolupades a la ciutat, que no s'ha corroborat la presència d'aquest nucli ibèric com a precursor de la ciutat romana. Presentem doncs, en aquest article, les darreres dades sobre la investigació protohistòrica al nucli urbà de Tortosa.

Paraules clau: Protohistòria, Ibers, Tortosa, baix Ebre.

INTRODUCCIÓN

Ya hace unos años planteábamos, a través de un análisis de las fuentes clásicas y de los datos arqueológicos, la posibilidad de que en el solar que ocupa hoy en día la ciudad de Tortosa, concretamente en uno de los cerros que dominan el casco urbano, se hubiera ubicado en época protohistórica un asentamiento del que habría surgido una importante ciudad ibérica (Diloli 1996).

Este esbozo no era nuevo, pues desde antiguo había suscitado apuntes de escritores e investigadores que intentaban localizar un *oppidum* ibérico que, según las versiones de los

clásicos y la interpretación que de estos hacían los historiadores modernos, habría dirigido políticamente este territorio durante los últimos siglos anteriores al cambio de Era. Este establecimiento, que con el nombre de Hibera aparecía citado en los textos de Livio (Liv. XXIII, 28), se manifestaba también a través de la numismática, añadiendo a su apelativo la región en la que se localizaba, la *Ilercavonia*, para enlazar en el entorno del cambio de Era con la *Dertosa* romana (Diloli 1996; Llorens, Aquilué 2001), hecho que insinuaba su localización en el entorno de la actual ciudad de Tortosa.

Así, a partir de los testimonios que apuntaban los escritores griegos y latinos sobre este territorio durante la anti-

güedad, los hallazgos numismáticos y los datos arqueológicos, el lugar más conveniente para concretar la presencia ibérica en este paraje se fijaba en la colina que, con una posición de dominio sobre el río Ebro, había sido ocupada desde al menos época romana con toda una serie de edificios singulares, convirtiéndose durante la Edad Media en una acrópolis fortificada hasta bien avanzado el s. xx.

Sin embargo, la existencia de este asentamiento protohistórico en la colina denominada de la Zuda desde época islámica, no ha podido ser corroborada arqueológicamente, ya que sus características estratégicas han convertido este espacio en un punto de especial desarrollo arquitectónico, con presencia de diversos tipos de estructuras, especialmente militares, produciéndose un *continuum* constructivo que llegó a su cenit en el año 1974, con la edificación del Parador Nacional de Turismo Castillo de La Zuda, que si bien sirvió para ratificar la existencia de restos de época romana y posiblemente anteriores, como veremos, desgraciadamente las obras efectuadas eliminaron en gran medida la posibilidad de verificar la existencia de una ocupación prerromana del lugar.

Pese a ello, la investigación efectuada en los últimos años, ya sea el estudio y clasificación de los materiales arqueológicos depositados en el Museo Municipal, o las intervenciones arqueológicas que se han desarrollado en el casco urbano de Tortosa, han permitido constatar la existencia en la ciudad de una ocupación anterior a la fundación de Tortosa, fechada en el cambio de Era, documentándose la presencia de materiales arqueológicos desde al menos la Primera Edad del Hierro, así como estructuras arquitectónicas que podrían datarse durante el periodo ibérico, con una factura y una ubicación dentro del conjunto urbano que serían indicativas de la importancia de este núcleo ibérico precursor de la ciudad romana.

DISPOSICIÓN GEOMORFOLÓGICA DE LA CIUDAD DE TORTOSA

La ciudad de Tortosa se encuentra situada en el margen izquierdo del río Ebro, a unos 10 km de la antigua desembocadura, antes de la formación del delta tal como se presenta hoy en día. Su ubicación coincide con las últimas elevaciones orográficas de la sierra del Boix, que descienden hasta el río a través de la sierra de Coll Rodó, manifestándose a partir de este punto un relieve ondulado en dirección al mar.

El curso inferior del Ebro se caracteriza por un recorrido que atraviesa diversas sierras que encajonan el lecho fluvial

hasta llegar al Paso de Barrufemes, desde donde las terrazas cuaternarias que conforman el lecho del río empiezan a separarse formando un valle abierto en dirección al mar, enmarcado por unos altiplanos que van creciendo en altura, especialmente en el lado occidental hasta llegar a la loma del Montcaro, en los Ports de Tortosa-Beseit, mientras que en el margen oriental el límite se sitúa en las cimas de las sierras de Cardó y del Boix.

Insertada en este marco topográfico, la configuración urbana de la villa tortosina aparece forzada por un relieve en el que el río y las colinas que la envuelven se convierten en los condicionantes básicos de su evolución. El espacio urbano se extiende entre el río y las montañas, sobre una terraza aluvial cuaternaria, ocupando el entorno de la colina de la Zuda, en sus vertientes este y oeste, desde donde avanza forzosamente por el valle que forma el barranco del Rastre en dirección al cerro del Sitjar. En este sentido, si bien durante la antigüedad esta orografía se convirtió en una aliada estratégica de la ciudad, potenciando río y colinas la defensa de la plaza, el crecimiento del recinto urbano ha sido ciertamente problemático a lo largo del tiempo, por su imposibilidad de avance hacia el norte y el sur, de forma que la organización urbanística ha tenido que salvar diversos obstáculos naturales hasta alcanzar el diseño actual.

En este contexto, la ocupación de la colina de la Zuda desde los primeros momentos de hábitat de la ciudad es un hecho indudable, pero el crecimiento urbano provocó una creciente especialización de esta área como acrópolis militar, de manera que, con el paso del tiempo el espacio doméstico se fue situando en una zona que aprovechaba al máximo las posibilidades constructivas del entorno de la Zuda: hacia el norte, el barrio de Remolins; hacia el oeste, la pequeña franja habitable entre el Castillo y el río, donde según las referencias textuales y la planimetría de época medieval y moderna, se encontraría situada una de las murallas que delimitarían el área urbana, y hacia el este y el sur, desde las vertientes de la colina hasta aproximadamente el barranco del Rastre, donde se localizan los actuales barrios del Rastre y del Garrofer.

Una de las descripciones antiguas que mejor representan este planteamiento urbano es el texto de Al-Himyari, del s. xiv, en el que se explica como la alcazaba se situaba sobre un gran cerro (la colina de la Zuda), mientras que el núcleo urbano principal se extendía hacia el norte y el oeste de la colina, rodeada por una muralla edificada por los Omeyas que a la vez estaba construida sobre el trazado de un antiguo recinto, posiblemente la muralla romana, con 4 puertas (Levi-Provençal 1938). Por otro lado es también interesante la mención que hacen algunos textos cristianos del s. xiv a las reparaciones

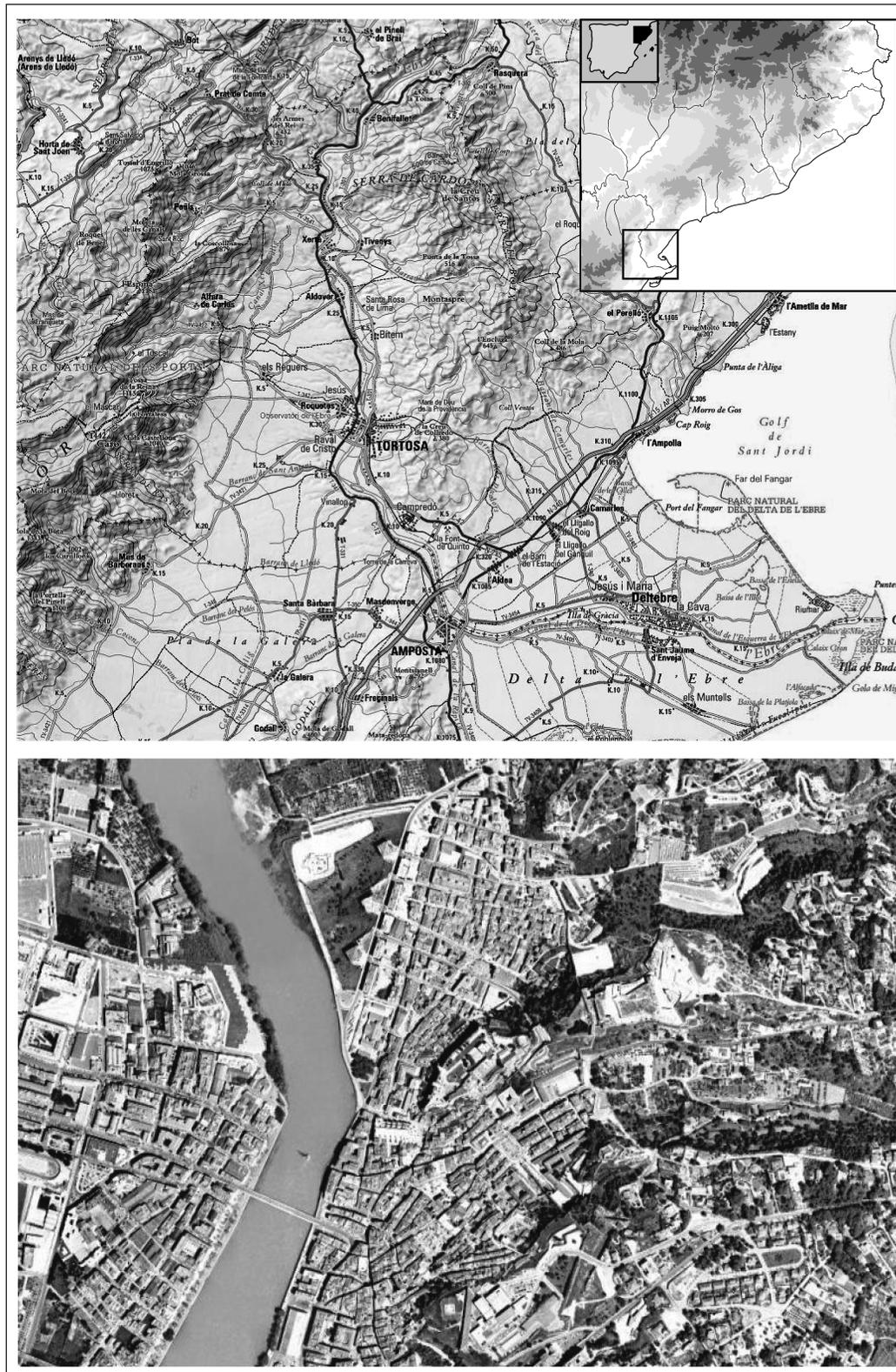


Fig. 1. Situación de Tortosa.

efectuadas en el «Muro Viejo», una estructura que avanzaba paralela al barranco del Rastre (Bayarri 1960; Martínez 1994) y que podría indicar el trazado de la antigua muralla.

Mediante estos datos se define una primera ocupación de la Zuda a partir de la cual se extendería la ciudad romana, a su abrigo y sobre todo en su falda oriental, extendiéndose en dirección nordeste, quedando circundada al sur, este y oeste por el río Ebro y por el barranco del Rastre. Podemos pues establecer una hipótesis sobre un primer recinto urbano, a pesar de que estamos todavía muy lejos de su fijación urbanística y de la interpretación de su dinámica histórica. (Fig. 1).

LOS DATOS HISTÓRICOS

Si nos planteamos desde cuando existe una población permanente en el actual solar tortosino, las referencias escritas más antiguas pertenecen al entorno del cambio de Era. Ningún escritor clásico cita en sus obras Dertosa, la antigua Tortosa, hasta el s. I, momento en el que Estrabón habla de la *katoikia de Dertosa* (Estr. *Geo.* III, 4, 6), añadiendo que *de Tarraco (la vía va) al paso del Ebro a Dertosa* (Estr. *Geo.* III, 4, 9). Así y todo, con anterioridad a este escritor, referencias de Avieno, de Tito Livio o de Polibio nos pueden indicar la presencia de una comunidad importante, dentro de la estructuración ibérica de esta región, justo en este lugar.

No es nuestra intención volver a manifestar unos datos que han sido reiteradamente recogidos y expuestos por diversos autores que han analizado estos textos (Diloli 1996, 2000; Llorens, Aquilué 2001), de forma que únicamente efectuaremos un breve repaso sobre las menciones que los autores clásicos efectúan de la ciudad o de su territorio y que pueden ser de importancia para conocer su evolución durante la antigüedad.

Los textos clásicos nos señalan desde al menos el s. VI a.n.E., la importancia del bajo Ebro, a nivel económico y humano, mencionando la existencia de algunas de las ciudades que en él se ubicaban. Avieno, en la *Ora Marítima*, entre los versos 489 y 513 nos describe la región del bajo Ebro, citando el río Hiber, por donde circularían las mercancías hacia el interior, y la ciudad de *Tyrichae*, de la cual dice que su nombre es antiguo, destacando la riqueza de sus habitantes por la fecundidad de la tierra. La identificación de este topónimo con la actual Tortosa ha sido objeto de debate durante mucho tiempo (Parreu 1980; Pena 1989; Diloli 1996, 2000), a pesar de que hasta ahora ningún dato permitía afirmar que en este sitio hubiera existido un asentamiento de época tan antigua.

Descripciones más modernas aparecen en la obra de Polibio y en la de Tito Livio, sobre todo al relatar los enfrenta-

mientos entre romanos y cartagineses correspondientes a la Segunda Guerra Púnica, y en el caso del autor latino, al explicar acontecimientos posteriores ligados a la Historia de Roma, ocurridos en este territorio (Diloli 2000). Posteriormente, César, Estrabón, Plinio o Ptolomeo, entre otros, añadirán nuevos datos que nos permitirán conocer aún más el área del Baix Ebre durante la antigüedad (Diloli 2000).

Otra fuente de datos sobre el bajo Ebro en época romana es la numismática. Los últimos estudios efectuados sobre las emisiones de este territorio distinguen las producciones de Hibera Ilercavonia, con la leyenda HIBERA IVLIA ILERCAVONIA, fechadas a finales del primer milenio a.n.E., y las posteriores, del reinado de Tiberio, con una leyenda similar a la que se añade DERTOSA. En ambos casos se utilizan motivos de tipo náutico, barcos *oneraris* y *actuaris*, así como anclas y delfines, mostrando de esta forma el carácter marinerío y comerciante de los habitantes de esta región, además del busto del emperador en la emisión de los ases de la segunda acuñación.

Toda esta información nos esboza una realidad en la cual aparecen tres entidades de tipo urbano o protourbano separadas diacrónicamente. En primer lugar, la *Tyrichae* de Avieno, que se ha querido identificar con la actual Tortosa a partir de su localización siguiendo el Periplo, en la ribera del Ebro y cercana a su desembocadura. Esta ciudad no aparece mencionada en ningún otro texto, siendo sustituida con el tiempo –si consideramos su importancia– por Hibera, que como ya hemos indicado se nombra en la obra de Tito Livio, como la ciudad principal de los ilercavones. Tampoco habrá más citas sobre este núcleo, si bien una referencia de César nos podría aproximar de nuevo a Hibera de forma indirecta (*Cés. Bc.* LX), hasta finales del primer milenio a.n.E., momento de acuñación de unas monedas que reproducirán el nombre de Hibera, acompañándolo de la leyenda Iulia, distinción cesariana, y Ilercavonia, nombre del territorio, indicando su importancia dentro del mismo. Con el cambio de Era una nueva entidad política hará su aparición en esta región, la Dertosa de Estrabón, Pomponio Mela o Ptolomeo y de las acuñaciones tiberianas, una ciudad romana que habrá sustituido, con la misma importancia directora en la organización del territorio, a la antigua población ibérica.

LOS DATOS ARQUEOLÓGICOS

Si bien en el curso inferior del Ebro durante los últimos años se ha desarrollado una labor arqueológica profusa, así como estudios de conjunto muy interesantes sobre los mode-

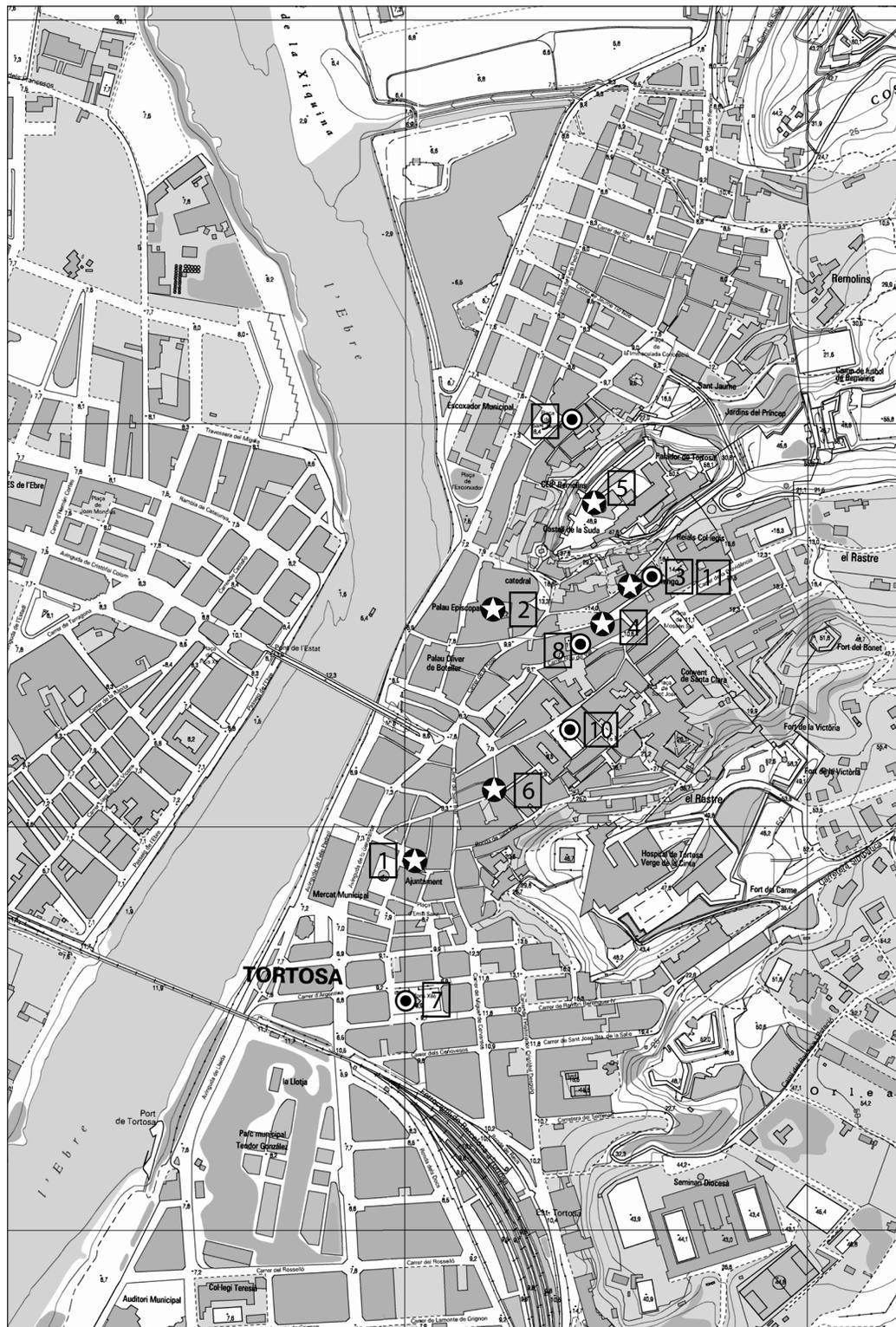


Fig. 2. Localización de cerámica protohistórica en la ciudad de Tortosa: 1. Edificio de Telefónica; 2. Ábside de la Catedral; 3. Sant Domènech; 4. Plaça dels Estudis; 5. Castillo de la Zuda; 6. C/ Mercaders; 7. Plaça d' Alfonso XII; 8. Calle de la Mercè; 9. Calle Major de Sant Jaume; 10. C/ Montcada; 11. Sant Domènech (2007).

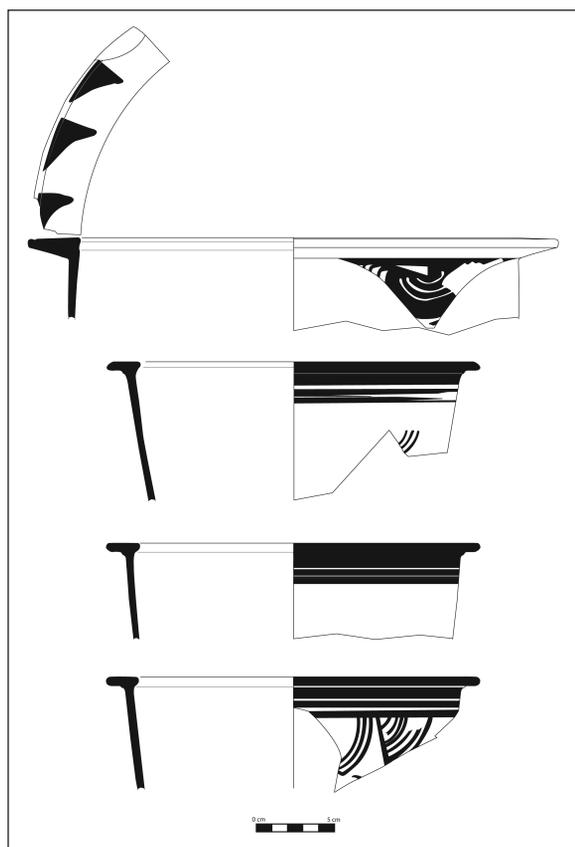


Fig. 3. Cerámicas ibéricas del solar de Telefónica (Tortosa).

los de ocupación del territorio durante la protohistoria (Diloli 1995; Diloli 1997; Diloli, Bea 2005; Garcia 1999; Garcia 2005; Noguera 2002; Noguera 2006; Oliver 1996), la investigación en la ciudad de Tortosa, debido a distintas razones que intentaremos desglosar, ha sido prácticamente inapreciable, contribuyendo como una parte más de la región en estos análisis.

En primer lugar, debemos indicar la dificultad que comportan las intervenciones arqueológicas en el núcleo urbano tortosino. Geológicamente, la ciudad se sitúa en una zona prolífica en aguas subterráneas, con una capa freática situada a una cota elevada que provoca que a partir de cierta profundidad los sondeos arqueológicos sean prácticamente irrealizables. Así mismo, el área supuestamente ocupada durante época ibérica y romana, que podría encontrarse situada a una cota superior no afectada por este nivel de agua, no ha sufrido ninguna variación urbanística durante los últimos años, siendo así que los datos arqueológicos procedentes de lo que podría haber sido el núcleo romano o prerromano son prácticamente nulos. Por otro lado, en la colina de

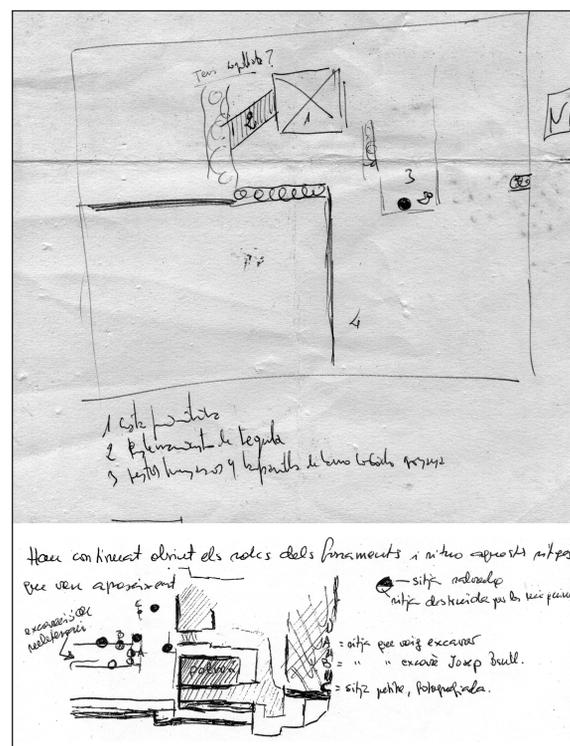
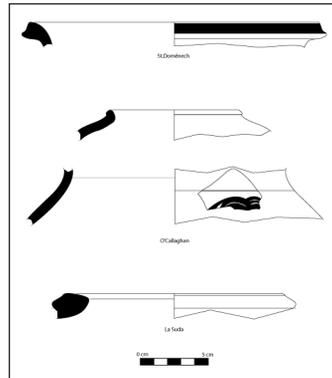


Fig. 4. Croquis originales de la intervención en el edificio de la Telefónica (J. Massip 1963).

la Zuda, punto neurálgico para éste conocimiento, las transformaciones constructivas no han tenido ningún interés por conservar los vestigios de ocupación de épocas anteriores, habiéndose modificado el subsuelo sin poner ningún reparo en destruir los datos de anteriores ocupaciones, destacando únicamente la inestimable labor que desarrolló R. Miravall cuando se construyó el Parador Nacional de Turismo, en su intento de salvaguarda de la información que las obras exhumaban, ante la indiferencia de las autoridades del momento. Es así que si bien las referencias sobre la ciudad islámica van creciendo día a día, pues su cota se encuentra por encima del nivel freático, las correspondientes a la ocupación romana o a un establecimiento anterior son prácticamente inexistentes.

Por otra parte, en relación a los datos más antiguos, hasta la creación del *Servei d'Arqueologia de la Generalitat de Catalunya*, omitiendo algunos casos particulares, hay muy pocos registros científicos de los descubrimientos arqueológicos efectuados en la ciudad, siendo los más un conjunto de materiales descontextualizados almacenados en el antiguo Museo Municipal, donde debemos destacar la labor de sus directores, J. Abril i Guanyabens, E. Bayerri o J. Massip.

Fig. 5. Cerámica ibérica procedente de la calle Sant Doménech, de la Plaça dels Estudis (O'Callaghan) y de la Zuda.



Ante este estado de la cuestión, este trabajo de investigación sobre la ocupación protohistórica de la ciudad de Tortosa ha seguido una triple dirección, en primer lugar, la revisión y clasificación sistemática de los materiales antiguos contenidos en los fondos del Museo de la ciudad, a continuación, la revisión de las memorias referentes a las intervenciones arqueológicas efectuadas en el casco urbano, y por último, la integración en este conjunto de datos de los resultados de las intervenciones arqueológicas que nuestro equipo, en el marco del proyecto «*Anàlisi històrica i arqueològica de l'evolució urbana de la ciutat de Tortosa des de la seva fundació fins a l'antiguitat tardana*», ha efectuado en la ciudad. (Fig. 2).

LOS FONDOS DEL MUSEO MUNICIPAL

El estudio de los materiales arqueológicos depositados en el antiguo Museo Municipal de Tortosa permitió revisar buena parte de los restos cerámicos que se habían recogido a lo largo del último siglo tanto en el territorio del bajo Ebro como en el casco urbano tortosino. Sin embargo, al iniciar el trabajo comprobamos como la realidad del Museo se presentaba complicada, pues entre los objetos que aparecían citados en los antiguos inventarios, algunos habían desaparecido, otros se habían almacenado con etiquetas equivocadas y otros que se conservaban no tenían ni tan solo la referencia de su procedencia o ésta era una mera reseña subjetiva. A pesar de ello, entre este legado había toda una serie de materiales de época romana y anterior con la información de su origen, tanto en las cajas donde estaban guardados como en las fichas o memorias del Museo, si bien la información que proporcionaban estos documentos era bastante breve y parcial. No obstante, en algunos casos estos escritos nos han permitido rastrear posibles y esporádicos hallazgos de materiales protohistóricos procedentes de movimientos de tierras

relacionados con obras de construcción, aunque algunas de estas memorias se han perdido, total o parcialmente, como por ejemplo la del año 1972, que debería recoger el inicio de las obras de la construcción del Castell de la Zuda, de manera que hemos tenido que recurrir a otras fuentes para poder llenar los vacíos de información (Massip 1987, Miravall 1972-73). Entre las intervenciones documentadas, las que nos aportan datos más interesantes son las siguientes:

LAS OBRAS DEL EDIFICIO DE LA TELEFÓNICA

En 1963 empezaron en el número 5 de la calle Pescadors las obras del edificio donde se iba a instalar la sede de la compañía Telefónica en Tortosa, con la colocación de los cimientos y la construcción de los sótanos. La situación de esta calle coincide con una zona de enterramientos bajo-imperiales, con el consecuente hallazgo de restos humanos, ánforas, *tegulae*, y otros elementos cerámicos de época romana. Dada la riqueza arqueológica que se puso de manifiesto en estos movimientos de tierras, el director del Museo de la ciudad y delegado del Servicio Nacional de Excavaciones, Sr. Jesús Massip, realizó un seguimiento arqueológico, durante el cual se localizó un silo o pozo, situado a una profundidad entre 2'20 y 4 metros respecto al nivel de la calle, que proporcionó una estratigrafía, en la que se podía distinguir, según la memoria de la intervención, *varios niveles de cultura que van desde la cerámica negra del neolítico hasta la terra sigillata romana, con algunos fragmentos notables de cerámica ibérica decorada en rojo*, destacando cuatro momentos distinguidos a partir del material aparecido y que, por orden de mayor a menor profundidad son: primero, *cuerno de cérvido, sobre gleras al nivel del río*; segundo, *cerámica negra*; tercero *cerámica ibera, kalatos*; cuarto, *cerámica ibero-romana*. La cerámica ibérica que se menciona consta de diversos fragmentos, ricamente decorados, de al menos dos *kalathoi* y de un *pithiscos* ibérico de cronología avanzada (ss. III-II a.n.E.), que hemos podido identificar sin problemas. En cuanto a la enigmática «cerámica negra», supuestamente neolítica, es posible que haga referencia a una serie de fragmentos bastante deteriorados de cerámica elaborada mediante cocción reductora y modelada a mano. No descartamos que en este caso se trate de producciones tardo-antiguas o altomedievales, al estilo de un borde de olla grosera localizada y perteneciente a esta cronología, a la cual parecen corresponder la mayor parte de los fragmentos. En su informe, Massip no deja de mencionar que en la construcción del vecino edificio del Ayuntamiento, durante el decenio anterior, *fueron hallados restos parecidos que fueron silenciados y ordenando enterrarlos al contratista por el Arquitecto que dirigía los trabajos* (Massip 1963). (Figs. 3 y 4).

EL ÁBSIDE DE LA CATEDRAL

En 1965 se llevaron a cabo las obras de adecuación del ábside de la catedral de Tortosa, proyecto que incluyó el derribo de una serie de casas que se le adosaban. En este caso, J. Massip hace referencia a la prisa con la que se llevaron a cabo estas obras, en las cuales se utilizaron máquinas excavadoras, imposibilitando el estudio minucioso de la estratigrafía. Con estas limitaciones, tan solo pudo salvar algunos materiales que iban surgiendo a medida que avanzaban los trabajos, mencionando la presencia de cerámica andalusí, romana y también ibérica, acompañada de lo que interpreta como una lanza de hierro doblada de unos 23 cm de longitud, atribuida en un primer momento a época ibérica (Massip 1965), aunque en un resumen posterior de los informes aparece como romana (Massip 1987). Por nuestra parte no hemos localizado ningún elemento cerámico propiamente ibérico entre el volumen de materiales procedentes de esta obra, exceptuando quizás algún fragmento informe muy dudoso. Sin embargo, cabe destacar la presencia de cerámica campaniana del tipo B, concretamente un fondo de bol Morel 2537a / Campaniana B 33B (Py 1993), hecho que nos situaría en un contexto de entre 150 y 25 a.n.E. Por otro lado, la supuesta lanza corresponde a una lámina de hierro alargada de difícil interpretación pero que podemos afirmar que no se trataría de una lanza, si no de un elemento metálico indeterminado de época andalusí.

PRIMERA INTERVENCIÓN EN LA CI SANT DOMÈNECH

En 1968 se excavó un antiguo trujal en el número 9 de la calle Sant Domènech, que contó con el seguimiento del director del Museo, J. Massip. Como resultado de este control, se recuperó una buena cantidad de material cerámico, esbozándose también una secuencia estratigráfica en la que destacaban tres momentos cronológicos: el primero, situado



Fig. 6. Fotografía en la que se puede observar la estratigrafía del cerro de la Zuda, durante las obras del Parador Nacional de Turismo (fotos de R. Miravall, a quién agradecemos la gentileza de su cesión).



Fig. 7. Estructura descubierta durante las obras del Parador Nacional de Turismo, que por su factura podría pertenecer a época antigua (fotos de R. Miravall, a quién agradecemos la gentileza de su cesión).



Fig. 8. Fotografía de los silos descubiertos en el Castillo de la Zuda (foto de R. Miravall, a quién agradecemos la gentileza de su cesión).

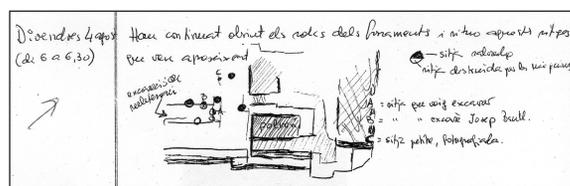


Fig. 9. Croquis de los silos (R. Miravall, diario de excavación).

entre 1,25 y 1,50 metros de profundidad, donde abundaba la cerámica andalusí; el segundo, entre 1,50 y 2,25 metros de profundidad, donde se concentraban los restos romanos, abundantes en sigillatas y fragmentos de ánfora y el tercero, a partir de 2,25 metros de profundidad (sin especificar la cota máxima alcanzada), donde *aparecen los restos neolíticos de cerámica negra* (Massip 1968). Entre estos materiales, el estudio que hemos llevado a cabo recientemente nos ha permitido diferenciar un borde de cerámica ibérica de

cuello de cisne con decoración de franjas de color rojo, aunque no hemos podido identificar la «cerámica negra», pues parece que no se conservó.

PLAÇA DELS ESTUDIS (ANTIGUA O'CALLAGHAN)

Entre finales de 1970 y 1971, se llevaron a cabo unas obras de reedificación de cimientos en un par de casas de la antigua plaza O'Callaghan (actual plaza dels Estudis), en un emplazamiento situado a escasos metros de la intervención de la calle Sant Domènec efectuada dos años atrás. Se dio el caso de que los cimientos de estos edificios se situaban directamente sobre un estrato en el que se hallaron unos enterramientos bajo imperiales (Miravall 1986), factor que posibilitó la aparición de un importante lote de material arqueológico de época romana que fue depositado en el Museo (Massip 1971). La mayor parte de la cerámica corresponde a vajilla de cocina africana del s. IV, posiblemente procedente de un vertedero, mientras que los enterramientos podrían estar excavados en los mismos estratos de vertido o haberse efectuado con muy poca diferencia cronológica. Pese a que no teníamos constancia escrita de la presencia de materiales protohistóricos entre los recuperados en esta actuación, lo cierto es que durante el proceso de estudio han aparecido diversos fragmentos pertenecientes a un pequeño labio de ánfora ibérica, un fragmento de cuello de jarra ibérica, pintado con motivos vegetales esquemáticos y el borde de un vaso hecho a mano, también posiblemente ibérico o anterior. No hay duda de que estos fragmentos, así como el anteriormente descrito, aparecido en la calle Sant Domènec, estarían mezclados con las posteriores cerámicas romanas.

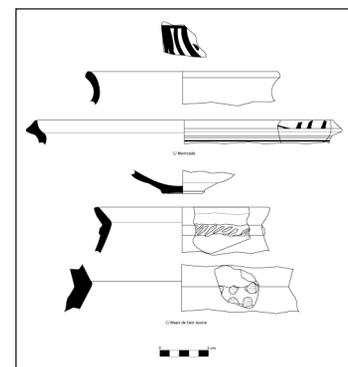
Considerando la situación de esta plaza y de la calle Sant Domènec dentro de la estructura urbana de la ciudad, así como la presencia de estratos de vertido y de tumbas, debemos pensar que su ubicación sería, al menos en época romana, exterior a la villa urbana, y que estos materiales ibéricos procedían de una cota superior, seguramente de la vertiente sureste de la colina de la Zuda o de su cima. (Fig. 5).

EL CASTILLO DE LA ZUDA

En 1972 se inició la construcción del *Parador Nacional de Turismo «Castillo de la Zuda»*. Esta obra se llevó a cabo de manera drástica y sin ningún tipo de concesión al valor histórico y patrimonial del lugar. Para salvaguardar en la medida de lo posible los restos arqueológicos que presumiblemente aparecerían, colaboraron con el Museo Municipal un grupo de voluntarios de *Omnium Cultural*, encabezados por Ramon Miravall, que se propusieron dentro de sus posibilidades, recoger la mayor parte de los materiales de valor arqueológico y, en la medida de lo posible, practicar algún tipo de intervención arqueoló-

gica. Del informe y del diario de excavación de esta intervención, se desprende la precariedad de las condiciones de trabajo, así como la magnitud de la destrucción. Lamentablemente, el contenido de estas notas se centra sobre todo en aspectos arquitectónicos de los restos del palacio medieval, el cual, por otro lado, también es ilustrativo de la continua ocupación del espacio del castillo. La evidencia de este *continuum* ocupacional, con las correspondientes reformas efectuadas a lo largo de los siglos, nos hace ser pesimistas sobre la posibilidad de encontrar estructuras romanas o ibéricas en la Zuda, y más si tenemos en cuenta que las obras de edificación del Parador recortaron, en muchas partes, el suelo natural de conglomerado para poder asentar las nuevas edificaciones. El autor del diario explica en la página 28 como las obras *Han deixat del tot bloquejats els aljubs i, tot seguit, han procedit a la seva destrucció*. En la página 29 dice *Ha estat ensorrat i arrasat el sector ratllat del palau*. Más adelante explica *En el dia d'avui ha estat totalment ensorrada la volta de l'aljub B i terraplenat aquest*. En la página 35, *Quan pujo no puc passar, puix que comencen a «avançar» l'obra a base de dinamita. Compto fins a vint barrinades*. Pese a ello, existen toda una serie de datos que nos permiten aventurar una hipótesis sobre la existencia de un establecimiento humano en este punto desde al menos época prerromana, como es la presencia en el subsuelo de la explanada del castillo de una serie de muros que fueron destruidos y que hemos podido estudiar por medio de fotografías, y que por su posición estratigráfica y por su factura podrían ser considerados de época ibérica o republicana. Se trata, como hemos dicho, de estructuras construidas mediante piedras de tamaño medio y grande, desbastadas, unidas por lo que parece ser arcilla, que en algunos casos conforman paredes de tamaño considerable y que aportaron con su desmontaje, una gran cantidad de cantos, como se observa en algunas fotografías. Posiblemente se trataría del mismo tipo de muros que cita Ramon Miravall en la página 37 del diario de excavación: *Des de la darrera vegada*

Fig. 10. Cerámica protohistórica procedente de la calle Major de Sant Jaume y de la calle Montcada.



que hi vaig pujar, s'han limitat a aprofundir els solcs del sòl de l'antiga capella, part central i lateral (banda palau). Surten bases d'antics murs d'aparença medieval, de pedra sense treballar però ben presentada. Són poca cosa perquè en general tan sols hi ha una superfície d'un parell de pams, màxim tres, de terra: dessota tot és el sòl de roca viva i verge. Pensamos que estas estructuras al estar directamente construidas sobre la roca y con una factura tan diferente a la del resto de estructuras medievales de la Zuda, habitualmente encofradas, podrien formar parte también de los vestigios de restos constructivos prerromanos o romanos conservados en este espacio.

Por otro lado cabe mencionar el descubrimiento de un grupo de silos, como mínimo ocho, excavados en la roca, de difícil adscripción cronológica a pesar que en algún caso pudieron ser vaciados, pues la amalgama de material cerámico que las rellenaba, entre los cuales había fragmentos de cerámica romana, ibérica e islámica entre otras, indicaba su reaprovechamiento a lo largo de diversos periodos cronológicos. En este sentido, pese a que sabemos con toda seguridad que en estos trabajos se recuperó una cierta cantidad –nada despreciable teniendo en cuenta las condiciones– de materiales de época ibérica, entre los que se encontraban diversos fragmentos de ánforas, vasijas con el borde zoomorfo, algunas de ellas pintadas y otros elementos cerámicos, los restos que se conservan hoy en día en los fondos del Museo Municipal son muy escasos, solo un borde de ánfora ibérica y algunos elementos fabricados a mano, que podrían ser ibéricos o anteriores. (Figs. 6, 7, 8 y 9).

INTERVENCIÓN EN LA C/ MERCADERS

Durante el año 1973, aprovechando las obras iniciadas en la calle Mercaders, durante las cuales también se vivieron lamentables escenas de destrucción y pillaje de un importante sector del área de enterramientos bajo imperiales que se localizaron, J. Massip recogió los datos arqueológicos estableciendo un esquema de niveles en siete estratos, que reproducimos a continuación: El primero, *Una cisterna que no va donar materials*; el segundo, *A l'75 metres uns estrats d'arena fina de quasi 2 metres de potencia que dona material d'os treballat, ceramica amb emprentes digitals i restes de vernís, anses i puntes d'amfora, grans vores etc.*; el tercero, *Continua fins a quasi 2 metres una arena fina esteril*; el cuarto, *Un metre mes avall apareix una àmfora d'enterrament infantil*; el quinto, *De nou una capa d'arena esteril*; el sexto, *Un metre sixty més amb terra sigil-lata i decorada amb dibuixos abundants*; el séptimo, *Finalment un altre estrat on apareix sigil-lata fina de relleu i finalment graves* (Massip 1973). Los trabajos arqueológicos realizados estuvieron nuevamente a cargo de Ramon Miravall, quien postula una estratigrafía ligeramente diferente,

en cinco estratos, en los que se observa la superposición de enterramientos romanos, andalusíes y medievales cristianos (Miravall 1984). Sea como sea, entre los materiales que se conservan no hemos advertido restos protohistóricos, pese a la referencia a la *ceramica amb emprentes digitals* que, por otro lado, podría también ser andalusí, aunque sí que hay presencia de cerámica campaniana, concretamente un fragmento informe de campaniana A, posiblemente en posición secundaria.

INTERVENCIÓNES POSTERIORES A LA CREACIÓN DEL SERVEI D'ARQUEOLOGIA DE LA GENERALITAT DE CATALUNYA

PLAZA DE ALFONS XII (1988)

La construcción de aparcamientos subterráneos en este lugar motivó una serie de intervenciones que se prolongaron desde 1986 hasta 1988. Durante las excavaciones se documentaron parte de las fortificaciones modernas de la ciudad, una serie de enterramientos bajo imperiales y andalusíes y una posible basílica paleocristiana, entre otros elementos. A lo largo de la tercera fase de excavaciones también se pudieron recoger algunos fragmentos de cerámica ibérica pintada y de campaniense de tipo A, todos ellos en posición secundaria, en niveles alto imperiales.

CALLE DE LA MERCÈ, 6. BIBLIOTECA PÚBLICA MARCEL·LÍ DOMINGO (2002-2003)

En el transcurso de la excavación efectuada en el solar donde se iba a ubicar el nuevo edificio de la Biblioteca Pública de la ciudad, aparecieron diversos fragmentos informes de barniz negro que se clasificaron como campaniana A, B y C; concretamente un labio de campaniana A, diversos fragmentos informes del mismo tipo, un labio de campaniana B y un fondo de B-oides, así como un borde de barniz negro con decoración de palmetas y un fondo de cerámica a torno reducida ibérica (Montañés 2004). Posiblemente se trataría de fragmentos cerámicos desplazados de su lugar de origen, es decir, en posición secundaria, dada la ubicación urbana de esta intervención, que se situaría en el exterior de la ciudad antigua.

CALLE MAJOR DE SANT JAUME, NÚMERO 6 (2005)

Una breve intervención preventiva en este inmueble, que por lo que parece forma parte de todo un complejo de baños andalusí, alcanzó niveles con una pequeña muestra de materiales protohistóricos. Una de las catas llegó hasta el nivel de roca natural de conglomerado, por encima de la cual se extendía un estrato de arcilla y gravas con presencia de algún fragmento de cerámica hecha a mano, muy fragmentada, pero de época protohistórica, posiblemente preibérica.

finales del IV a.n.E. Como en la mayoría de los otros casos, esta cerámica estaría en posición secundaria. (Fig. 10).

SEGUNDA INTERVENCIÓN EN LA C/ SANT DOMÈNECH (2007)

El proyecto de pavimentación y urbanización de la calle Sant Domènech preveía el preceptivo seguimiento arqueológico, así como la realización de un sondeo arqueológico en el extremo sureste del mismo, al lado de la pared de la iglesia de Sant Domènech, con el objetivo de conocer la estratigrafía de esta parte de la ciudad antigua. Dejando de lado los restos constructivos medievales y andalusíes exhumados, la intervención en este punto permitió localizar un enterramiento de época romana bajo-imperial, debajo del cual se documentaron diversos niveles de vertidos de tierras y de desperdicios anteriores a la inhumación, con materiales de los ss. I y II d.n.E. Como en el caso de otros movimientos de tierras efectuados en esta zona, entre los restos materiales aparecieron cerámicas ibéricas, identificándose diversos labios de ánfora, fragmentos de vasos, platos y restos informes pintados. Las dificultades para proseguir la excavación, una vez alcanzados los cuatro metros de profundidad, hicieron concluir los trabajos en este punto.

Inmediatamente después de cerrar la cata, los operarios que remodelaban la calle toparon en el extremo nordeste de la misma, con una voluminosa estructura muraria de piedra. La excavación de esta construcción puso al descubierto un muro con una probable función defensiva, datado durante el s. III a.n.E. Se trata de una pared construida mediante un paramento que en su cara vista está formado por un doble muro cimentado a partir de dos hileras de grandes bloques de piedra, de dimensiones semimegalíticas (algunas miden más de un metro de lado), con un relleno de piedras de dimensiones medianas y pequeñas, alcanzando una amplitud que en algún punto supera el metro y medio de ancho, en un tramo que se extiende longitudinalmente más de 10 metros, quedando ambos extremos fuera del área de excavación. A pesar de su potencia, su estado de conservación no es especialmente bueno, ya que algunos trechos solo constan de una única hilera de piedras de dimensiones medianas, mientras que en la parte mejor conservada no llega al metro y medio de altura.

Los restos arquitectónicos se sitúan en la falda de la colina de la Zuda, por su vertiente este-sureste. Se trata de uno de los lados del cerro opuestos al río, razón por la cual puede ser el sitio más susceptible de albergar obras de fortificación complementarias para la protección de un núcleo que debería de estar situado en la cumbre de la misma colina. El muro está dispuesto siguiendo las curvas de nivel de la parte inferior del cerro —el tramo excavado se encuentra a unos 13,50 m.s.n.m.—, de manera que solo tiene un sentido claro si lo envuelve total-

mente, o como mínimo, en los puntos de más fácil acceso. La estructura se adapta al relieve según diversas soluciones: donde la roca natural se muestra en cotas más bajas, la fortificación se apoya directamente sobre un estrato de arcillas y grava al que recorta, constituyéndose como un muro aterrazado que contiene la masa de tierra acumulada por los conos de deyección. En este caso se trata de la parte más aparatosa de la estructura pues, dadas las tensiones que debe soportar, dispone de un grosor considerable. Por otro lado, en aquellas zonas donde la roca natural aparece en cotas más elevadas, esta *ante muralla* se asienta directamente en ella para, sin tener que cumplir con funciones de contención, convertirse en un muro más simple de unos 60 cm de ancho.

El nivel recortado es el más antiguo documentado, pues los materiales que lo rellenaban incluían cerámica realizada a mano, bruñida, con decoraciones excisas, así como diversos fragmentos informes de ánfora fenicia del Círculo del Estrecho. No podemos descartar del todo la posibilidad de que, para la construcción de la estructura muraria, se modelara en cierta medida la vertiente de la colina, retirando tierra de un sector para depositarla en otro, lo que sería una explicación de la presencia de estos estratos con cerámica de la Primera Edad del Hierro en contacto inmediato con la muralla, que provendrían seguramente de la cima del cerro de la Zuda.

La elevada pendiente y la irregularidad de la vertiente hacen que el trazado del muro no deba ser necesariamente grueso a lo largo de todo su recorrido. En este sentido cabe considerar que el estrato de roca natural documentado durante la excavación parece estar retocado, formando un frente casi vertical, en un punto situado pocos metros por delante de la línea de la muralla. Esto es así, ya que en la cata efectuada antes del descubrimiento del muro, pese a estar muy cerca de este, no se muestra ningún rastro de la roca natural, de forma que el estrato natural debe tener una brusca caída de nivel. La muralla quedaría por encima de este desnivel, inaccesible desde la base de la vertiente, y por tanto, sin necesidad de poseer un grosor muy importante. Desconocemos si sería un desnivel natural o antrópico, y, en este caso, si se trataría de un simple recorte de la vertiente, o bien un auténtico foso.

Los materiales asociados a la construcción de esta estructura se datan de manera amplia durante el s. III a.n.E., posiblemente a finales de este siglo o a inicios del II a.n.E., edificándose sobre un nivel del s. VII a.n.E., sin solución de continuidad entre ambos estratos. Así mismo, debemos indicar que entre los materiales descontextualizados apareció un labio de bol de barniz negro ático forma 782 del Ágora de Atenas, datado entre el 430 y el 420 a.n.E. (Sparkes, Talcott 1970). En este sentido, vistas las características constructi-

vas de la estructura, opinamos que es coherente emplazar su construcción a finales del s. III a.n.E., en asociación con la situación de inestabilidad generalizada que se manifiesta en la sociedad ibérica durante el s. III a.n.E. con el transcurso de la Segunda Guerra Púnica, de la cual se viven diversos episodios de gran importancia en el curso inferior del Ebro, como lo reflejan los textos de Polibio y de Livio que hemos mencionado anteriormente (*ver supra*). Los estratos de amortización de la fortificación muestran que durante el s. I d.n.E. este muro había sido derruido. A partir de aquí se documenta un proceso de sedimentación de toda la zona con vertidos masivos de tierra y escombros, con una cronología alto imperial, que se puede situar durante los ss. I y II d.n.E., cubriendo la construcción ibérica a la vez que se reduce el desnivel del terreno natural.

A nivel arquitectónico, vale la pena destacar las características que diferencian esta estructura de algunos rasgos generalizados que presentan otras fortificaciones ibéricas de esta zona. El uso de piedras de grandes dimensiones documentado en buena parte del trazado del muro se puede atribuir a la voluntad de ofrecer una imagen de potencia e invulnerabilidad de cara a un potencial agresor externo, contrastando con las dimensiones más pequeñas de los materiales de construcción utilizados normalmente en las fortificaciones ibéricas vecinas. Pese a no poder hablar de un paramento megalítico, pues solo algunas de las piedras más voluminosas superan el metro de largo, que es lo que tradicionalmente se podría considerar megalítico en un contexto ibérico (Moret 1996), se trata de materiales de un tamaño bastante mayor de lo que sería estrictamente necesario para la construcción de un muro de aterrazamiento o defensivo según los parámetros de la arquitectura tradicional ibérica de la región. Este pseudo megalitismo grosero constituye una novedad en este sen-

tido, siendo uno de los escasos elementos de la arquitectura defensiva ibérica de la zona del bajo Ebro que podríamos relacionar con un posible influjo poliorcético procedente de otras zonas del Mediterráneo. De todas maneras, el paramento sigue siendo bastante imperfecto y abundan piedras más pequeñas entre los bloques principales, a modo de encaje en las concavidades que quedan entre de sus contornos irregulares. Por otro lado, no se observa la utilización de antiguas técnicas de construcción como la forma en talud de la cara vista del muro, o el sistema de paramentos adosados.

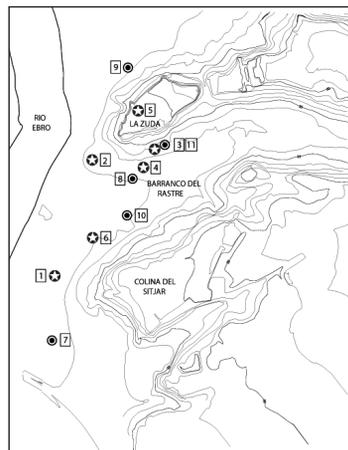
Es así que el muro toma la forma de un aterrazamiento defensivo, solución conocida en otras fortificaciones ibéricas situadas en vertiente, como es el caso de Torrelló d'Onda (Castellón, 400-200 a.n.E.), la Serreta d'Alcoi (Alicante, 425/400-300 a.n.E.), Cova Foradà (Llíria, Valencia, Ibérico medio- alto Imperio), quizás Niebla (Huelva, Ibérico Pleno), Cauche el Viejo (Antequera, Málaga, 400-300 a.n.E.), El Higuero (Nueva Carteya, Córdoba, 400-350 a.n.E.), Castell Barri (Girona, s. V a.n.E.) y posiblemente el Castell de la Fosca (Palamós, Girona, s. IV a.n.E.) (Moret 1996).

También debemos destacar cierto parecido con determinadas estructuras que, en algunos asentamientos, están íntimamente asociados a la presencia de fosos, como es el caso de los poblados bajo aragoneses de Sant Antoni de Calaceit, Valdetaus de Tauste, la Tallada de Caspe o los Castellans de Cretes. En estos yacimientos se da la existencia de muros situados en vertiente, haciendo también funciones de aterrazamiento, que protegen los puntos más accesibles junto a los fosos, impidiendo que puedan ser fácilmente superados por los asaltantes (Romeo 2002). En el caso tortosino, esta función no está tan clara, pero no se tiene que olvidar la proximidad del muro a un desnivel brusco del terreno natural, posiblemente antrópico, que podría interpretarse como un foso. En el Puig de la Nao, en Benicarló, se han considerado como ante-muros una serie de paramentos situados delante de la cortina principal, a modo de barbacana o incluso *epikampion* (Oliver, Gusi 1995, Díes 2006, Oliver 2007), pero al menos uno de ellos parece que actúa como terraplén (Moret 1996, Díes 2006). Por otro lado, en el Castellet de Bernabé, en Llíria, se da la existencia de una serie de muros de contención en la vertiente del cerro donde se encuentra el asentamiento, para el mantenimiento de una rampa de acceso al mismo (Guérin 2003). En el caso de los Castellans de Cretes, una serie de paramentos escalonados se consideran refuerzos o muros de contención, aunque sin función defensiva (Melguizo, Moret 2007).

Al no poseer una visión de conjunto, no podemos establecer el valor que el muro descubierto tendrá en relación con el resto del sistema defensivo al cual pertenece. Su cro-

Fig. 13. Dinámica de los procesos geomorfológicos relacionados con el barranco del Rastre y la presencia de los materiales ibéricos recuperados en Tortosa.

1. Edificio de Telefónica;
2. Ábside de la Catedral;
3. Sant Doménech;
4. Plaça dels Estudis;
5. Castillo de la Zuda;
6. C/ Mercaders;
7. Plaça d'Alfonso XII;
8. Calle de la Mercè;
9. Calle Major de Sant Jaume;
10. C/ Montcada;
11. Sant Doménech (2007).



nología relativamente tardía, aún no precisada con total exactitud, deja la puerta abierta a la hipotética existencia de un sistema defensivo más antiguo, contemporáneo de la mayor parte de las fortificaciones ibéricas de la zona del bajo Ebro, que posiblemente estaría situado en una cota superior, siguiendo el criterio tradicional de la concentración de los recursos defensivos en los sectores más accesibles. Si esto fuese así, la muralla descubierta se habría construido en un momento de tensión bélica por la necesidad de avanzar las defensas de la ciudad, convirtiéndose en una primera línea de protección ante agresiones externas más peligrosas que las que habitualmente tenían que soportar los asentamientos ibéricos del bajo Ebro. (Figs. 11 y 12).

LOS CONDICIONANTES TOPOGRÁFICOS Y LA DISTRIBUCIÓN DE MATERIALES

Ya hemos indicado que el urbanismo de la ciudad de Tortosa viene condicionado en gran medida por la presencia, entre otros, de dos grandes cerros cercanos al río Ebro, la colina de la Zuda, con una altura absoluta de 52 m.s.n.m. y unos 40 metros sobre la ciudad y el cerro del Sitjar, situado a unos 500 metros al sur del primero, con una altura de 49 m.s.n.m. y unos 38 sobre el casco urbano. Entre los dos se extiende el barranco del Rastre, la *Vall*, en dirección sudoeste/noroeste, paralelo al relieve de las dos colinas, desembocando en el río Ebro siguiendo un trazado en diagonal respecto a su eje.

Buena parte de la cerámica antigua recuperada en la ciudad procede de la falda de la Zuda y de los sectores asociados a ambos márgenes del barranco, donde la cerámica aparece diseminada en un contexto estratigráfico bastante similar en todos los casos: cerámicas de época ibérica, republicana y alto imperial mezcladas.

Así, durante las excavaciones llevadas a cabo en los años 2006 y 2007 en la calle Montcada, se documentó un estrato con materiales de cronología romana que ocupaba buena parte de la superficie del solar (Diloli *et al.* en prensa), compuesto por arcilla, guijarros y piedras de pequeñas y medianas dimensiones. En este nivel aparecía cerámica muy fragmentada y removida fechable entre los ss. I y II d.n.E., con algunas intrusiones procedentes del uso como necrópolis de este espacio, a partir del s. IV. Entre estos materiales hay también unos escasos restos de material ibérico. Por su composición y contenido, parece muy similar a los niveles que cubren el muro de época protohistórica descubierto en Sant Domènech y, a juzgar por las descripciones de que disponemos, es bastante parecido a aquellos docu-

mentados en los años sesenta en las primeras intervenciones en Sant Domènech y O'Callaghan, y en los setenta, en las calles Mercaders y Sant Blai. Se trataría probablemente en todos los casos de niveles aluviales formados por la deposición de sólidos procedentes de otros contextos, arrasados durante las riadas del barranco.

En la calle Sant Domènech este hecho es aún más evidente, ya que los estratos con materiales antiguos no se disponen en forma de un único nivel horizontal como en la calle Montcada, sino en importantes acumulaciones de tierra que cubren la escarpada vertiente de la colina y en sentido descendente, desde la pendiente hacia el valle. En este punto el desnivel es tan pronunciado que la situación de dos enterramientos bajo imperiales excavados en estas acumulaciones y que distan entre sí no más de 4 metros, forma un ángulo no inferior a los 30 grados. No cabe duda que se trata de vertidos masivos de tierra y escombros procedentes de la parte superior de la colina de la Zuda, vertidos que, a juzgar por los materiales que contienen, es necesario datarlos a finales del s. I, o en el s. II d.n.E.

Según la interpretación que proponemos, los dos fenómenos —niveles aluviales en la vertiente del valle con materiales protohistóricos y alto imperiales y acumulaciones de tierra y escombros en la vertiente de la Zuda con cerámica de la misma cronología—, están estrechamente relacionados, ya que hay vertidos masivos de claro origen antrópico fechados entre los ss. I y II d.n.E., que se depositan por la vertiente sudeste de la colina y van a parar al fondo del barranco. Estos sedimentos habrían sido esparcidos por las violentas riadas del barranco, fenómeno sobre el que es muy explícito Abril i Guanyabens cuando describe, hablando de la ocupación de este sector urbano, como *Tenia dos enemics que eren els barrancs del Rastre i el de Remolins que donaven molt sovint disgustos als veïns, ocasionant grans perjuis, degut a que les muralles que la tancaven, el del Rastre n'havia d'atravesar dos (ja que creuava tota la ciutat) amb unes portes estretes que feïan convertir-se fàcilment en rescloses els dies d'aiguats, les quals al reventar s'ho emportaven tot, deixant-ho enderroca;* (Abril i Guanyabens 1931, 15-16). También Enric Bayerri (Bayerri 1935; 1960).

A grandes rasgos ésta sería la dinámica sedimentaria básica de todo este sector de la ciudad antigua, evidenciada gracias a estos procesos de origen antrópico y natural. Cabe añadir que, hoy por hoy, no es posible valorar el grado de participación de los sedimentos procedentes de la vecina colina del Sitjar en los niveles aluviales del barranco. Desde un punto de vista arqueológico, este conocimiento sería muy valioso, teniendo en cuenta la posible existencia de un asen-

tamiento protohistórico en esta segunda colina (Diloli 1997), del cual no tenemos documentación alguna. Así mismo no todos los hallazgos de cerámica antigua tienen que responder de manera exclusiva a estos movimientos de tierra y hay ejemplos donde su presencia se tiene que deber a fenómenos autónomos de formación de estratos, relacionados con el desarrollo de actividades humanas fuera del recinto del núcleo urbano, tanto del ibérico como del romano. Esto podría explicar el hallazgo de cerámica ibérica, o de cerámica y pavimentos alto imperiales en las excavaciones de la plaza de Alfons XII, así como el hallazgo de cerámica ibérica en el subsuelo del edificio de la Telefónica.

Por otra parte, tenemos conocimiento de procesos post-deposicionales con anterioridad a los vertidos alto imperiales de la colina de la Zuda. En Sant Domènec y la calle Major de Sant Jaume, situadas en su falda, se localiza un estrato de arcilla y gravas, como hemos visto, con presencia de cerámica a mano y además, en el caso de Sant Domènec, también con presencia de ánfora fenicia del Círculo del Estrecho. Está bien claro que estos fragmentos han sido movidos desde su posición original, ya que se acumulan en las concavidades de la roca natural en depósitos que regulan las vertientes. La presencia de estos materiales se puede deber al inicio, o bien a la intensificación, de la actividad humana sobre la colina, que, en este caso podemos situar hacia el s. VII a.n.E., lo que habría provocado una degradación del suelo de la cima y vertientes de la misma, con la consiguiente acumulación de fragmentos en las depresiones cercanas. No obstante, también existe la posibilidad de interpretar estas acumulaciones de arcillas y materiales cerámicos como resultado de la degradación o ruina de estructuras del mismo asentamiento, sin que esto implique una destrucción total del mismo, pudiéndose tratar simplemente de reformas urbanísticas efectuadas en un momento concreto. De hecho, no sabemos hasta qué punto el sedimento arcilloso presente en estos conos de deyección se podría relacionar con los materiales de construcción utilizados en la construcción del asentamiento, como adobes o tapia. Todo esto sirve para informarnos, con toda seguridad, de la existencia en la colina de la Zuda de un núcleo de hábitat de cierta importancia ya durante la Primera Edad del Hierro, que continuaría su singladura en época ibérica y posterior. (Fig. 13).

CONCLUSIONES

A partir del s. VII a.n.E., el curso inferior del Ebro sufrirá un aumento poblacional que quedará plasmado en la intensi-

ficación de la ocupación del territorio a través de la fundación de, generalmente, pequeños asentamientos que tendrán como elemento común la presencia de materiales cerámicos procedentes de los centros fenicios sud-peninsulares.

Ya hemos indicado en el apartado correspondiente la importancia económica y ocupacional que atribuyen las fuentes escritas a esta área geográfica al menos desde el s. VI a.n.E., como se extrae de la obra de Avieno (*Ora Marítima*, 489-513), de forma que si bien es ciertamente atrevido relacionar la ocupación de la colina de la Zuda durante la Primera Edad del Hierro con la mítica *Tyrichae* citada por el autor griego a partir del hallazgo efectuado en Tortosa, es innegable que por primera vez hay una realidad arqueológica que permite afirmar la presencia de un hábitat protohistórico en la ciudad anterior a la época ibérica, ocupando un punto altamente estratégico y con una dispersión de materiales considerable, asociable en importancia a muchos otros núcleos que funcionan durante este periodo en el curso inferior del Ebro.

A pesar de no tener información sobre la pervivencia de la ocupación en este espacio durante el s. VI a.n.E., con los datos actuales podemos confirmar la presencia de un asentamiento ibérico en el mismo emplazamiento, al menos desde el s. V a.n.E., como lo demuestra la existencia de materiales cerámicos de este periodo en contextos directamente relacionados con la colina de la Zuda. Esta documentación se amplía considerablemente a partir del s. III a.n.E., momento en que, muy posiblemente relacionado con los acontecimientos provocados por el enfrentamiento entre romanos y cartagineses en el área del Ebro durante la Segunda Guerra Púnica, los habitantes del asentamiento ibérico tortosino creyeron necesario ampliar sus defensas construyendo uno o más muros con una función de ante-muralla, destinada a proteger la base de la colina donde se encontraría ubicado el *oppidum*, siguiendo unos parámetros de tipo defensivo que se paralelizan en otros asentamientos de esta región durante el mismo momento, como es el caso de les Planetes (Diloli *et al.* 2003) o de l'Assut, donde reproducen toda una serie de cambios estructurales dirigidos a salvaguardar los puntos más débiles del sistema defensivo (Diloli, Bea 2005).

La información literaria que nos ofrecen los autores greco-latinos para este momento histórico puede asociarse de nuevo a los datos arqueológicos que presentamos. La mención a *Hibera* de Tito Livio nos sitúa una ciudad, la más opulenta de la región del bajo Ebro, situada junto al río, que fue sitiada en el 215 a.n.E. por las tropas romanas para retrasar la marcha de los cartagineses hacia la península italiana, pero que no cayó en sus manos, ya que interrumpieron el sitio al atacar Asdrúbal una ciudad que se había entregado a

los romanos recientemente (Liv. XXIII, 28). Este párrafo de la obra del autor latino nos describe un asentamiento con unos elementos defensivos capaces de detener, aunque fuese brevemente, la maquinaria de guerra romana. En el curso inferior del Ebro, el emplazamiento de los poblados ibéricos de cierta importancia persigue sobre todo una estrategia ocupacional que proporcione una sólida defensa contra las agresiones externas. Así mismo, los elementos de protección se suelen limitar al resguardo del punto más fácil de acceso al asentamiento mediante torres y murallas y un cercamiento del poblado por medio de un muro que en muchos casos coincide con la pared posterior de las casas más cercanas al extremo exterior del núcleo. Son contados los yacimientos en los que se ha constatado la presencia de estructuras externas destinadas a reforzar esta estrategia defensiva que dificultaría el acceso al interior del hábitat, y más cuando este se dispone sobre un cerro y los antemuros defensivos se encuentran a los pies de este.

En el caso del asentamiento ibérico de la Zuda, su posición estratégica intensificada a partir de la construcción de ante-muros defensivos situados en la base de la colina que lo acoge, protegiendo los accesos, le dotaría una invulnerabilidad suficientemente importante como para paralizar el sitio efectuado por el ejército romano.

Los materiales arqueológicos recuperados en la calle Sant Domènec son muy claros, cerámica ibérica y de importación de finales del s. III a.n.E. y de principios del II a.n.E. asociada a la construcción de éste paramento defensivo y a su mantenimiento, que se mantiene hasta el s. I d.n.E., momento en que se integra en el urbanismo de la nueva ciudad romana. En este mismo marco se ubican el resto de datos procedentes de las intervenciones arqueológicas efectuadas en Tortosa con presencia de cerámica ibérica, mostrándonos una ciudad que superaría los enfrentamientos entre romanos y cartagineses, reafirmando su importancia en el territorio. Cabe apuntar también las referencias de César (Ces. Bc. LX), ya citadas, así como la documentación numismática del entorno del cambio de Era que confirman la pervivencia de *Hibera* como núcleo principal de esta región hasta la fundación de Dertosa, que ocuparía el espacio del antiguo hábitat protohistórico, con una continuidad habitacional únicamente modificada por una nueva planificación urbanística de tipo romano.

JORDI DILOLI FONS
Universitat Rovira i Virgili
jordidiloli@urv.cat

RAMÓN FERRE ANGUIX
Universitat Rovira i Virgili (GRESEPIA).

BIBLIOGRAFÍA

- ABRIL I GUANYABENS, J. (1931): *Un capítol de la meva actuació a Tortosa*, Tortosa.
- AVIÉ. *Ora Marítima*. Traducció i notes P. Villalba i Varneda. Fundació Bernat Metge. Barcelona. 1986.
- BARRASSETAS, E. (1988): *Informe- memòria de la tercera campanya d'excavacions arqueològiques a la plaça d'Alfons XII (Tortosa) (inèdita)*. Generalitat de Catalunya, Tortosa.
- BAYERRI, E. (1935): *Historia de Tortosa y su comarca*. Volumen III, Tortosa.
- BAYERRI, E. (1960): *Historia de Tortosa y su comarca*. Volumen VIII, Tortosa.
- CAYO JULIO CÉSAR. *Los Comentarios. La Guerra Civil*. Clásicos latinos. L. Santaren. Valladolid. 1941.
- DIES, E. (2006): El sistema defensivo del Puig de la Nau (Benicarló). Análisis y propuesta de restitución, *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica*, Ed. Sociedad Castellonense de Cultura, Castelló de la Plana, 47-61.
- DILOLI, J. (1995): Anàlisi del poblament en època Ibèrica al curs inferior de l'Ebre (Baix Ebre-Montsià), *RAP*, 5, 99-124.
- DILOLI, J. (1996): Hibera Iulia Ilercavonia- Dertosa: l'assentament ibèric i la implantació de la ciutat romana. *Butlletí Arqueològic*, 18, 53-68.
- DILOLI, J. (1997): *Anàlisi dels models d'ocupació del territori durant la protohistòria al curs inferior de l'Ebre*. Tesis doctoral en microficha. URV.
- DILOLI, J. (2000): El curs inferior de l'Ebre durant l'època ibèrica segons les fons clàssiques. *Recerca*, 4, 79-104.
- DILOLI, J.; BEA, D.; VILASECA, A. (2003): *El jaciment ibèric de Les Planetes (Tortosa, Baix Ebre)*. Viure vora el riu durant la Protohistòria, Tarragona.
- DILOLI, J.; BEA, D. (2005): Evolució dels models de poblament a l'àrea del baix Ebre durant la Protohistòria, *RAP*, 15, 79-96.
- DILOLI, J.; VILÀ, J.; GONZÀLEZ, A.; BEA, D. (en premsa): Excavacions arqueològiques al solar ocupat per l'edifici de l'Antic Institut d'Ensenyament Secundari del carrer Montcada de Tortosa (Baix Ebre), *Tribuna d'Arqueologia 2007-2008*, Generalitat de Catalunya.
- ESTRABÓN. *Geografia*. Traducció i notes de J.L. García y J. García Blanco. Biblioteca Clásica Gredos. 1991.
- GARCIA i RUBERT, D. (1999): *Evolució del poblament a la comarca del Montsià (segles VII a.C.- III d. C.)*, Tesis de licenciatura inédita, Universitat de Barcelona.
- GARCIA i RUBERT, D. 2005: *El poblament del primer ferro a les terres del Sènia. Els assentaments de la Moleta del Remei, Sant Jaume, La Ferradura i la Cogula durant els segles vi i vi anE*, Tesis doctoral inédita, Universitat de Barcelona.
- GUÉRIN, P. (2003): *El Castellet de Bernabé y el horizonte ibérico pleno edetano*. Serie de Trabajos Varios del S.I.P., 101, Diputación Provincial de Valencia, Valencia.

- LEVI PROVENÇAL(1938): *La Péninsule Ibérique au Moyen-Age d'après le Kitab ar-RASD*, Leyden.
- LLORENS, M.M.; AQUILUÉ, X. (2001): «Ilercavonia-Dertosa» i les seves encunyacions monetàries, Societat Catalana d'Estudis Numismàtics, Barcelona.
- MANGAS, J.; PLÁCIDO, D. (eds.) (1994): AVIENO. *Ora Marítima. Descriptio Orbis Terrae Phaenomena*, Testimonia Hispaniae Antiqua I, Madrid.
- MARTÍNEZ, J. (1994): Aproximació a la Tortosa islàmica: l'evidència arqueològica. *Butlletí Arqueològic*, 15, 331-337.
- MASSIP I FONOLLOSA, J. (1963-1973): Memorias anuales de l'Arxiu- Museu Municipal de Tortosa. AHCTE.
- MASSIP I FONOLLOSA, J. (1987): *Un quart de segle del Museu i Arxiu municipal de Tortosa*, Ajuntament de Tortosa, Tortosa.
- MIRAVALL I DOLÇ, R. (1972-3): *Diari de l'obra del palau de la Suda*. Manuscrit inèdit.
- MIRAVALL I DOLÇ, R. (1984): Intervenció arqueològica al solar del Patronat a Tortosa, *Quaderns d'Història Tarraconense*, 4, 207-222.
- MIRAVALL I DOLÇ, R. (1986): *Necrópolis, sepultures i inhumacions a Tortosa*, Cooperativa Gràfica Dertosense, Tortosa.
- MELGUIZO, S.; MORET, P. (2007): Las fortificaciones del Bajo Aragón entre los siglos III y I a.C.: un estilo regional, *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro: las murallas protohistóricas de la meseta y de la vertiente atlántica en su contexto europeo*, Actas del coloquio celebrado en la Casa de Velázquez, (Octubre de 2006) / coord. por Luis Berrocal Rangel, Pierre Moret, 306-324.
- MONTAÑÉS, C. (2004): *Memòria de la intervenció arqueològica efectuada al carrer de la Mercè*, 6; Biblioteca Pública Marcellí Domingo (inèdita), Generalitat de Catalunya, Tortosa.
- MORET, P. (1996): *Les fortifications ibériques, de la fin de l'âge du bronze à la conquête romaine*, Casa de Velázquez, Madrid.
- MORET, P. (2002): Reflexiones sobre el período ibérico pleno (siglos V a III a.C.) en el Bajo Aragón y zonas vecinas del curso inferior del Ebro. I Jornades d'Arqueologia Ibers a l'Ebre. *Recerca i Interpretació*. Tivissa, 2001, *Ilercavonia*, 3, 111-136.
- MORET, P.; BENAVENTE, J.A.; GORGUES, A. (2006): *Iberos del Matarraña: investigaciones arqueológicas en Valdeltor-mo, Calaceite, Cretas y La Fresneda (Teruel)*, Al-qannis: Boletín del Taller de Arqueología de Alcañiz, 11. Alcañiz.
- NOGUERA, J. (2002): *Ibers a l'Ebre*, Centre d'Estudis de la Ribera d'Ebre, Flix.
- NOGUERA, J. (2006): *Gènesi i evolució de l'estructura del poblament ibèric en el curs inferior del riu Ebre: la Ilercavònia septentrional*, Tesi doctoral en xarxa: <http://www.tdx.cat/TDX-0627107-104522>, Universitat de Barcelona.
- OLIVER, A. (1996): *Poblamiento y territorio protohistóricos en el llano litoral del Baix Maestrat (Castellón)*, Castelló.
- OLIVER, A. (2007): *El Puig de la Nau. Benicarló*, Proyecto Cultural de Castellón, Castellón de la Plana.
- OLIVER, A.; GUSI, F. (1995): *El Puig de la Nau. Un hábitat fortificado ibérico en el ámbito mediterráneo peninsular*, Diputación de Castellón, Onda.
- PARREU, F. (1980): *Tartessos-Tyrichae-Tortosa*, Col. Dertosa, 6, Tortosa.
- PENA, M.J. (1989): Avieno y las costas de Cataluña y Levante. I. Tyrichae: TYPIKAI, «¿La Tiria?», *Fonaments*, 8, 9-21.
- PY, M. (dir.) (1993): Dictionnaire des céramiques antiques (VIIe s. av. n. è.-VIIe s. de n. è.) en Méditerranée nord-occidentale (Provence, Languedoc, Ampurdan), *Lattara* 6.
- ROMEO, F. (2002): Las fortificaciones ibéricas del valle medio del Ebro y el problema de los influjos mediterráneos, *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. de C.)*, Casa de Velázquez, 153-188.
- SPARKES, B.A.; TALCOTT, L. (1970): *Black and plain pottery of the 6th, 5th and 4th centuries B.C.*, The Athenian Agora, XII, Princeton.
- TITO LIVIO. *Historia de Roma desde su fundación*. Lib. XXI-XXV. Traducción y notas de J.A. Villar. Biblioteca Clásica Gredos. 1993.